



*Diversidades críticas.*  
*Sobre Literatura y globalización.*  
*Latinoamérica en el nuevo milenio,*  
*de Eva Valero Juan y Oswaldo Estrada*

(Barcelona, Anthropos, 2019, 239 pp. ISBN 978-841-755-617-4)

por Tomás Regalado López

En el 2016 se cumplen dos décadas de los manifiestos de Crack y McOndo, onomástica acompañada por la convocatoria de congresos académicos y la publicación de volúmenes monográficos destinados al estudio de la producción latinoamericana de los últimos años del siglo anterior, principalmente la firmada por escritores nacidos en la década del Boom. Desde el 2016, sin embargo, se ha ampliado considerablemente el espectro de estudios críticos dedicados a escritores y escritoras más jóvenes, relegados en cierta manera por la visibilidad de aquellas propuestas generacionales y carentes durante algunos años de una literatura crítica que respondiera, más allá de la reseña periodística o académica, a la inmediatez del momento. En una etapa en la que comienza a replantearse la misma acuñación de conceptos como Latinoamérica y literatura latinoamericana, en la que resulta por fin evidente en los espacios académicos que el español no es la única lengua en la que se expresan los escritores del subcontinente –crecen los estudios sobre las literaturas indígenas y algunos libros de escritores hispanohablantes, como Daniel Alarcón o Junot Díaz, se publican



originalmente en inglés– y en la que han cambiado drásticamente las estrategias de publicación, difusión y legitimación del texto literario, volúmenes como *Literatura y globalización. Latinoamérica en el nuevo milenio* (2019) abren una vía hacia la diversidad que ha de caracterizar a los estudios críticos venideros sobre literatura latinoamericana.

Coordinado por Eva Valero y Oswaldo Estrada –este último editor también, junto a Pablo Brescia, de *McCrack: McOndo, el Crack y los destinos de la literatura latinoamericana* (2019), antología sobre la producción literaria de la generación anterior– *Literatura y globalización* se inscribe en la serie “Globalizaciones” de la editorial española Anthropos y en su publicación participa también la Universidad Nacional del Litoral en Santa Fe, Argentina. El volumen se presenta dividido en cuatro bloques y catorce capítulos que abarcan tanto visiones panorámicas como análisis particulares de la obra de autores en distintas variedades genéricas, desde la novela hasta la poesía, pasando por el cuento y la crónica. Su alcance se delimita en obras publicadas y fenómenos sucedidos a partir del año 2000, propuesta que se hace explícita en el subtítulo del volumen y que se comenta en su prólogo como la intención “de auscultar las nuevas coordenadas por las que discurre la literatura en el marco global del nuevo milenio” (6). Este objetivo se extiende hacia líneas *globalizadoras* como las tensiones entre literatura y mercado editorial, la mediación de la tecnología en la producción y difusión de la obra literaria, los vínculos entre literatura latinoamericana y literatura mundial, la imagen del escritor como activo editorial y, entre otras líneas temáticas, los efectos de los movimientos migratorios sobre la producción del texto literario.

“Literatura, mercado y globalización”, primer bloque, trata sobre el análisis y diagnóstico de las dinámicas del campo literario a principios del siglo XXI: la problemática de sus estudios críticos y académicos, y el capital simbólico inherente a las traducciones y la venta internacional de derechos. En “La crítica latinoamericana contra sí misma: derivas del latinoamericanismo en el marco global”, Eduardo Becerra afronta la problemática de la crítica literaria y académica y la pérdida de prestigio que sufre la disciplina. Inevitable realidad acompañada por la integración de los tradicionales estudios literarios en los estudios culturales (patente, sobre todo, en la academia anglosajona), la paulatina devaluación de los estudios humanísticos y la supremacía del estudio social de la literatura por encima de los tradicionales estudios formales. También una devaluación general de la misma literatura en las dinámicas neoliberales y del libro como soporte, reducido a una mera mercancía. El repaso cronológico confluye decisivamente en la imposición de los *cultural studies* en los setenta y ochenta, la negación de la autonomía del texto, y el cuestionamiento de antiguos conceptos como crítica o historia literaria. El desarrollo de los estudios poscoloniales acentúa, según el crítico español, esta devaluación de la crítica latinoamericanista y alcanza su anticlímax con el cuestionamiento de los mismos conceptos “Latinoamérica” y “literatura latinoamericana”, sostenida desde comienzos del siglo XXI por críticos y escritores como Carlos Cortés o Jorge Volpi. El estudio ofrece una revisión suficientemente panorámica del desarrollo de los estudios literarios latinoamericanistas desde la Revolución cubana, revisión que no esconde una reivindicación del análisis estrictamente formal y literario –lo que el crítico da en llamar



el “regreso a la literariedad de los textos literarios” (26)– y una llamada a limitar los excesos de las epistemologías culturales y poscoloniales.

En “Poéticas del mercado global en América Latina” Ana Gallego Cuiñas explora las estrategias de legitimación editorial de la literatura latinoamericana en el mundo, ampliando con ello ideas de su reciente libro *Otros. Ricardo Piglia y la literatura mundial* (2019). Para Gallego Cuiñas la idea de globalización deriva inexorablemente hacia una supremacía del mercado editorial sobre antiguos factores como las identidades nacionales, los estudios académicos y los poderes institucionales, dando paso a un desigual reparto del capital simbólico que beneficia a los centros editoriales del mundo hispánico, España y –en menor medida– Estados Unidos. Lo que la crítica da en llamar “poéticas de mercado” (37) –las “determinadas variables económicas que atañen al comportamiento del libro en el mercado global” (37)– se estudia a partir de la obra de Mario Levrero, César Aira, Alberto Fuguet, y Rosa Beltrán. El capítulo ilumina las intersecciones entre estas poéticas de mercado y las estrategias de posicionamiento de los autores en el campo literario latinoamericano: cómo estas dinámicas de campo terminan manifestándose, como inversión de capital simbólico específico, en la diégesis de las novelas. Intersecciones que se hacen patentes en la polémica *Sudor* (2016) de Fuguet, donde, como apunta Gallego Cuiñas, la narración de la experiencia de un autor-editor en la Feria del Libro de Santiago de Chile permite al escritor desnudar autoficcionalmente un campo literario donde grandes grupos como Alfaguara y escritores consagrados como Carlos Fuentes (alegorizado en el personaje Rafael Restrepo Carvajal) se aferran una hegemonía que se contrapone a la agilidad dinámica del campo. Anacrónica postura que Fuguet, aun consciente de “la mediación del escritor para la (auto)construcción de una imagen ficcional” (49), retrata hasta la ridiculización.

La industria editorial como instancia mediadora en el campo literario es también el tema de “Tensiones extraterritoriales y meridiano editorial: imágenes de la literatura argentina en España en los últimos quince años”, donde Javier de Navascués detecta un fuerte incremento en la publicación de escritores argentinos en las editoriales españolas, reconvertida la Península en “meridiano editorial” (62) y en termómetro de las tensiones entre las literaturas locales y su proyección global. A través del análisis de premios, ferias de libro y casos específicos, el ensayo deja la conocida conclusión sobre el peso determinante de los grandes bloques editoriales españoles en la difusión de la literatura argentina y latinoamericana. Esta instancia mediadora condiciona, según el autor, los temas y contenidos de la literatura latinoamericana publicada en España, provocando desde comienzos del siglo una inclinación hacia temáticas y perspectivas transnacionales y extraterritoriales que –añadimos nosotros– no resulta exclusiva de la producción argentina. Entre los escritores que se han resistido a estos cantos de sirena de mercado, el cubano José Manuel Prieto es estudiado por el crítico chileno Raúl González Freire en su calidad como escritor *postnacional*: educado entre Rusia y Cuba, y residente en Nueva York, es un “radical híbrido” (82) que rompe con arquetipos anteriores como el escritor portavoz de la colectividad, el representante de una tradición literaria nacional, o el autor de ficciones destinadas al consumo masivo transcontinental. Los cuatro estudios en este bloque constituyen una más que



recomendable continuación a estudios anteriores como *Libro mercado. Literatura y neoliberalismo* (2015) de José Ramón Ruisánchez, o *Strategic Occidentalism. On Mexican Fiction, the Neoliberal Book Market, and the Question of World Literature* (2018) de Ignacio Sánchez Prado, que se han ocupado también de analizar las intersecciones entre la producción literaria, su comercialización editorial, la inserción de la literatura latinoamericana en la literatura mundial, y las políticas de mercado que rigen la difusión y legitimación de las letras latinoamericanas, dentro y fuera del subcontinente.

El segundo bloque, "Géneros en conflicto y debates étnicos", afronta la proyección en la obra literaria de cuestiones identitarias, bien desde una óptica racial o desde enfoques feministas. En "Hacia una feminidad globalizada en la obra de Gioconda Belli" Vinodh Venkatesh detecta una evolución en la novelística de la escritora nicaragüense, que comienza por una primera etapa anterior a 1996, donde la reflexión social y política, no exenta en algunos casos de una perspectiva indigenista, surge en un espacio y un tiempo concretos. A partir del 2004, apunta Venkatesh, la decepción de la escritora con el fracaso sandinista y los efectos neoliberales en Centroamérica dan paso a una segunda etapa en la escritura de la autora donde se articulan globalmente las ideas feministas y donde, como prueba *El pergamino de la seducción* (2004), las novelas se liberan del sustrato local para conectar al personaje femenino con un pasado "multicultural y multitemporal" (93), espacio desterritorializado que lo universaliza y lo convierte en "sujeto fundacional de la feminidad" (95). Con motivo del retorno del sandinismo al poder en el 2007 y la decepción de la autora con sus antiguos camaradas, Belli reivindica el poder femenino a partir de una fenomenología erótica en *El país de las mujeres* (2010) para, en su última novelística, abstraer cualquier tipo de reivindicación: escapismo que Venkatesh, en probable alusión a Horacio Castellanos Moya o Sergio Ramírez, antepone críticamente al compromiso de otros escritores de la región.

Brenda Quiñones-Ayala y Catalina Quesada-Gómez abordan, por su parte, la negociación racial en espacios hegemónicos blancos. En "Negociando identidades: la blanquitud como estrategia de negritud en *Fe en disfraz* de Mayra Santos-Febres", la primera analiza la novela de la escritora puertorriqueña desde la perspectiva de las negociaciones identitarias de la mujer afrolatina en el espacio laboral de los Estados Unidos, con la creencia de que el capitalismo neoliberal ensancha las barreras raciales, provoca la difuminación de las identidades, aumenta la opresión de las minorías y promueve una mirada racial hacia el sujeto que perpetúa estereotipos heredados del pasado esclavista. Ello obliga, como concluye Quiñones-Ayala en su acercamiento a *Fe en disfraz* (2009) de Santos-Febre, a una negociación de la mirada racial en la mujer afrodescendiente, quien se acomoda a comportamientos que la sociedad patriarcal asocia con la raza blanca, como el profesionalismo o la virtud. En "La afrocolombianidad en el siglo XXI: estrategias de ennegrecimiento y aproximaciones de algunos autores 'no blancos' a la cuestión racial", Quesada-Gómez ofrece un repaso panorámico sobre escritores colombianos que han reivindicado en profundidad la identidad africana como elemento esencial del Caribe, postura que contrasta con la visión eurocentrista sobre el tema en la narrativa de García Márquez y su práctica total ausencia en la narrativa de otros escritores colombianos con una fuerte proyección internacional como Evelio Rosero, Jorge Franco, Héctor Abad Faciolince, o Juan Gabriel Vásquez. Por





el contrario, resalta Quesada-Gómez, novelas como *Dionea* (2005) de Julio Olaciregui o *Los estratos* (2013) de Juan Cárdenas dejan patente la importancia del ciudadano negro en el proyecto de nación colombiano, proyecto construido hasta hace bien poco sobre entelequias fundacionales de origen colonial, cercanas al heteropatriarcado, al cristianismo y el europeísmo blanco, y que comienza a sufrir una profunda revisión, gracias a estas “estéticas de resistencia” (125), a partir de la multiculturalidad y la representación de la diversidad sexual y étnica de la nación andina.

“La ciudad en la era globalizada”, tercer bloque, ofrece un acercamiento a la representación del espacio urbano en la literatura latinoamericana contemporánea, reflejo de un creciente interés académico que ha dado lugar a estudios como *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina* (2003) de Mabel Moraña o *Urban Spaces in Contemporary Latin American Literature* (2019), editado por Timothy Robbins y José Eduardo González. No es de extrañar: a fin de cuentas, ante la paulatina pérdida de poder de los estados, la ciudad emerge como escenario de una dinámica de globalización donde se concentran las luchas por el capital simbólico y económico. En “El imposible viaje a la utopía. Cronistas latinoamericanos en La Habana” el crítico cubano Jorge Fonet traza las contradicciones reveladas en las obras de escritores que visitan a la capital cubana: “mirada extranjera sobre La Habana” (129) que permitió en su día la creación de novelas como *The Old Man and the Sea* (1951) de Hemingway o *Our Man in Havana* (1958) de Graham Greene, que en los sesenta gozaba del beneplácito de los escritores del Boom y que recientemente, como bien estudia el crítico, se manifiesta en las crónicas de Pedro Lemebel, César Aira y Sergio Pitol. Fonet recupera un género clave para comprender la realidad latinoamericana hoy, que en Cuba le sirve al escritor extranjero como instrumento para retratar las contradicciones que sirven de demolición, medio siglo después, de las bases sobre las que asentaba la utopía revolucionaria cubana: entre ellas, los distintos universos socio-económicos que habitan turistas y locales, la marginación de grupos por su orientación sexual –la paradoja de las revoluciones que, bajo un mensaje supuestamente emancipador, “excluyen o marginan” (131)– o el férreo control del gobierno sobre la opinión intelectual de la isla. El ensayo de Fonet evidencia las dificultades de insertar un proyecto estético como el cubano en los paradigmas occidentales de la globalización, pone de relieve los diferentes tiempos en los que avanza a Cuba en contraposición a sus vecinos latinoamericanos y no olvida las limitaciones del crítico, escritor o intelectual extranjero, *outsider* a fin de cuentas, a la hora de interpretar en profundidad estas diferencias.

Wesley Costa de Moraes analiza *El ruido de las cosas al caer* (2011) de Juan Gabriel Vásquez a partir de la experiencia urbana colombiana, determinada por una violencia física y psicológica que procede del combate contra el narcotráfico y de una sociedad arraigada en una violencia sistémica que abarca por igual a todos los grupos sociales y demográficos. Como en otras novelas de Vásquez –*Las reputaciones* (2013), *La forma de las ruinas* (2016) o *Volver la vista atrás* (2021)– se lleva a cabo un “registro afectivo de la experiencia de la violencia urbana” (165) que deriva decisivamente en una profunda erosión en la identidad del individuo, incapaz de desasirse de las heridas del pasado, nacionales e individuales. El mérito del ensayo consiste en evadir los acercamientos



exóticos y estereotipados a la violencia –atinadamente, desde la primera página se contraponen la obra de Vásquez a las dudosas narcoproducciones de Netflix– para favorecer, en cambio, el análisis de los efectos de la violencia pública sobre las esferas privadas, la violenta huella del neoliberalismo sobre los territorios latinoamericanos –evidentes en la urbe– y, con particular exactitud, el estudio de rasgos animales que contradicen desde su misma raíz los proyectos modernizadores de la nación latinoamericana. Inversión de las tradicionales dicotomías entre civilización y barbarie donde la ciudad se convierte en el escenario de violencias tribales y de intercambios económicos donde cuesta diferenciar lo lícito de lo ilícito. En escenario, sobre todo, de unos afectos –miedos, traumas, pasiones– que son consecuencia directa de la somatización de la violencia: resultado de un poder, parafraseando a Foucault, que atraviesa los cuerpos.

El tercer bloque se completa con el estudio de José Manuel Camacho Delgado sobre *Los días de la peste* (2017) de Edmundo Paz Soldán, una novela adelantada a su tiempo en su distópico acercamiento a los apocalípticos efectos sobre la población de “una pandemia de origen desconocido” (141), que el crítico analiza desde sus derivaciones hacia géneros como la narrativa carcelaria, la ciencia-ficción o la literatura de la peste. El escritor trata problemáticas latinoamericanas como la superpoblación o los poderes corruptos y, aunque no llega a delimitar su reflexión a un determinado espacio geo-político, utiliza la enfermedad como metáfora de la descomposición moral de una sociedad y de sus gobernantes. Aunque presente en un bloque diferente, el ensayo de Agustín Prado Alvarado, aborda también la representación de la ciudad en el imaginario latinoamericano. En “Viajes poéticos, inmigrantes y desplazados” se traza la representación de París desde su idealización de origen decimonónico que continúa en el siglo XX en manos de Rubén Darío, César Vallejo, Vicente Huidobro o Julio Ramón Ribeyro, hasta la posterior desacralización de la *ciudad de la luz* en la obra de novelistas como Bryce Echenique o incluso Cortázar. Trayectoria que en el siglo XXI da paso a nuevas representaciones: la omisión de la capital francesa en la obra de latinoamericanos que privilegian centros culturales de España y Estados Unidos (visible, por ejemplo, en el prólogo a *McOndo*), y su reformulación en la obra de escritores y escritoras más jóvenes. A partir del concepto de sujeto migrante de Antonio Cornejo Polar –caracterizado por la inestabilidad, la heterogeneidad y el desplazamiento– el crítico peruano destaca la presencia de la ciudad en la obra de Guadalupe Nettel y Nataly Villena Vega, cuyas novelas reflejan ya un París híbrido, en perpetua transformación, que evoluciona de manera paralela a la identidad cultural de sus personajes.

La presencia de la cusqueña Villena Vega sirve de introducción a los dos últimos ensayos del volumen, dedicados también a escritores peruanos ubicados en la aldea global. Perú sirve como sinécdoque de la tensión entre lo nacional y lo cosmopolita y, a partir de ello, se abren pertinentes debates sobre la disolución de las identidades nacionales en el espacio transnacional que ocupa en el siglo XXI el escritor latinoamericano. Sin dejar de lado la condición del *sujeto migrante* de Cornejo Polar, Eva Valero Juan estudia la obra de Grecia Cáceres y Fernando Iwasaki como ejemplo de escritores transterritoriales. Migrantes y afincados fuera del Perú, ambos desarrollan, sin



embargo, una obra fuertemente arraigada en su país de origen a través de la referencia a la tradición literaria andina, la mirada nostálgica y cierta autoconciencia de ser extranjeros en el país en el que habitan (Francia y España, respectivamente). De origen japonés y autor de la frase “Mi poncho es un kimono flamenco” –donde se aúnan originalmente sus múltiples identidades andaluza/española, japonesa y peruana–, Iwasaki es quizá el mayor ejemplo de una mirada identitaria que ya no es puramente latinoamericana pero tampoco implica una escisión, ni con los orígenes ni tampoco con el país adoptivo: un escritor, como concluye Calero Juan, “transatlántico, transpacífico, transnacional, cosmopolita” (207). Oswaldo Estrada, por su parte, explora otra vía alternativa de la experiencia del sujeto migrante peruano: los Estados Unidos, ejemplificados la figura de Daniel Alarcón, autor de novelas escritas originalmente en inglés como *War by Candlelight* (2005), *Lost City Radio* (2007) o *At Night we Walk in Circles* (2013). Estrada parte de la ola migratoria de los ochenta y los noventa, causada por la violencia social y política en el país peruano, para estudiar unas novelas que “conservan la fluctuación propia de aquel que se mueve entre dos lenguas y dos culturas en un mundo globalizado, de constantes migraciones e intercambios culturales” (218). Según el crítico, Alarcón mantiene esta singularidad explorando la escisión del sujeto migrante que sueña con abandonar la violencia, la pobreza y la corrupción de su país, pero que al llegar a la tierra soñada no encuentra tampoco la vida idealizada del *American dream*: le espera, por el contrario, un sistema de opresión donde el migrante es la principal víctima de las políticas neoliberales. Estrada destaca en Alarcón la experiencia en carne propia de un migrante que no deja de ser el sujeto colonizado, aún más vulnerable en una lengua y una nación ajenas, pero todavía objeto de admiración, paradójicamente, de quienes tuvieron que quedarse en su patria. En un gesto inclusivo poco frecuente en las antologías de principios de siglo, *Literatura y globalización* contiene también un ensayo sobre poesía. A partir de las distintas acepciones de la palabra *felicidad*, José Ramón Ruisánchez comparte en él su estudio sobre poetas latinoamericanos ajenos al canon y cercanos a la contemporaneidad, como Mario Montalbetti, Angélica Freitas, Yanko González o Mariano Blatt.

De muy recomendable lectura para especialistas en literatura latinoamericana y estudiantes de doctorado, el completo volumen deja notables conclusiones: en primer lugar, la imposibilidad de hablar de una identidad latinoamericana monolítica, término sometido hoy a una fluidez en continua transformación que hace mucho más viable, para este siglo XXI, hablar sobre identidades latinoamericanas, sexuales, genéricas o étnicas. La necesidad, en segundo lugar, de abolir fronteras que no por enquistadas en los estudios literarios latinoamericanos del siglo XX han de mantenerse vigentes hoy: fronteras que antiguamente se atenían a géneros literarios, al libro como formato, a conceptos de estado, nación o ciudadanía, hoy superados. Un desarrollo gradual de la disciplina, en tercer lugar, hacia estudios que atañen al campo literario, a las políticas editoriales y a los *cultural studies*, expuestos también los estudios críticos y académicos a una fuerte crisis identitaria. Catorce ensayos que resumen los cambios que enfrentan las literaturas latinoamericanas hoy, y que implícitamente cuestionan también tradicionales herramientas de análisis del texto literario, vigentes hasta hace apenas dos o tres décadas. Queda la certeza, después de todo, de que la literatura latinoamericana



participa ya de una globalización donde existe una descentralización de poderes, las taxonomías se hibridizan, los discursos responden a una creciente diseminación del conocimiento y el subcontinente ha entrado ya, con todas sus consecuencias, en una dimensión que poco o nada le debe ya a la magia de Macondo. Una antología, en fin, para el nuevo milenio.

---

**Tomás Regalado López**  
James Madison University  
[regalatx@jmu.edu](mailto:regalatx@jmu.edu)